

Libros, libreros y bibliotecas en la época virreinal

GUILLERMO LOHMANN VILLENA

Al autor de estas líneas el gentil requerimiento para componer un artículo especial destinado al número 21 de *Fénix, Revista de la Biblioteca Nacional*, con el que se conmemorará el siglo y medio del establecimiento del primer centro bibliográfico de la República, planteaba un lance apretado.

Por haber estado al frente de la institución desde 1966 hasta 1969, podía sucumbir fácilmente a la vanidad de recurrir al cómodo expediente de bosquejar una recapitulación de la labor desarrollada durante dicho lapso, en la cual acaso cediendo a humanas flaquezas, sólo hubiese tenido entrada cuanto a su juicio mereciera el beneplácito de la posteridad y se tendiera un tupido velo sobre lo que a su entender no fuese acreedor a la misma opinión. Bien es verdad que podía a este respecto decirse estoicamente para su colete, como el gran autor de *El Buscón*: “Yo he hecho lo que he podido, Fortuna lo que ha querido”.

Si quien redacta estas páginas remontaba sus recuerdos en el tiempo pasado, no hubiera podido reprimir la efusión de enhebrar las reminiscencias de aquella vetusta y plácida casona que se transformó en escombros y cenizas la trágica madrugada del 10 de Mayo de 1943. Enrolado desde el verano de 1933 en el parvo censo de lectores que acudía a consultar los tesoros bibliográficos acumulados por la solicitud del “Bibliotecario mendigo”, conoció a eficaces y bondadosos empleados, de los que hoy por fortuna gozan de vida —que se las deseo muy larga— sólo tres: Alejandro Lostaunau, Germán Univazo y Andrés Viccina. Dos años después logré el envidiable privilegio de disfrutar trato especial para el manejo de los volúmenes alineados en los anaqueles y así, tarde tras tarde, sin excluir las de los Domingos, encaramado en la barandilla de la estantería superior o recorriendo tejuelo por tejuelo y tomo por tomo en la heterogénea y anárquica serie de los “Papeles varios”, en donde junto al ejemplar único del pasquín o del impreso virreinal se hallaba encuadernada una novelucha pornográfica o una estadística aduanera, leí sin rendirme al cansancio. No creo haber perdido el tiempo entonces en aquellas lecturas, dispersas y erráticas algunas veces, porque a lo largo de esas largas (aunque para mí —¡ay!— insuficientes)

jornadas allegué un caudal considerable de apuntes extraídos de piezas desaparecidas irremisiblemente y porque sabe Dios qué arcanas incitaciones me sedujeron para anclar mis preferencias de la investigación histórica en el escudriñamiento del período virreinal.

A la hora de tales evocaciones, ¿cómo olvidar los coloquios, breves pero enjundiosos, a la entrada o a la salida, con el Director, el "sordo" Romero. En esas estentóreas pláticas pude gozar de la sapiencia, de la socarronería y de la malicia de aquel venerable ejemplar de erudito decimonónico, en quien se hallaban redivivos virtudes y defectos de los atrabiliarios polemistas de antaño.

En esta disyuntiva entre la pedantería de una exposición administrativa o el sentimentalismo de una añoranza colorista, un tercer camino, franqueado por mi vocación, representaba algo más original que lo primero y más sustancioso que lo segundo, a saber, reunir y glosar notas acopiadas en torno de un tópico vinculado con el acontecimiento que se conmemora, esto es, algo sobre libros, libreros y bibliotecas en Lima durante la dominación española.

El tema es apasionante y en otros países de Hispanoamérica ha suscitado el interés de los investigadores, que utilizando viejos inventarios y listas de libros, han descubierto perspectivas insospechadas en lo que concierne a la difusión de la cultura en todos los niveles y la índole de las influencias del Viejo Mundo en las ideas políticas, los conceptos estéticos, las lecturas preferidas, los conocimientos científicos y el pensamiento filosófico. En la presente ocasión me limitaré a sucintas referencias, lacónico desarrollo de apuntes para un trabajo de amplios vuelos, que aguarda todavía a quien en nuestro rico acervo documental se proponga como cuestión por analizar materia que aquí sólo puede esbozarse por modo esquemático.

La creación en 1821 en Lima de un hogar para el libro y para el estudioso no se hubiera visto facilitada, como lo estuvo, sin los antecedentes de copiosas y riquísimas colecciones bibliográficas semipúblicas o particulares bajo el régimen anterior. Los declamatorios considerandos del decreto de 28 de Agosto de 1821 comienzan, por eso, con un sofisma que los mismos que lo estampaban se encargaban de destruir: "Convencido sin duda el gobierno español de que la ignorancia es la columna más firme del despotismo, puso las más fuertes trabas a la ilustración del americano, conteniendo su pensamiento encadenado para impedir que adquiriese el conocimiento de su dignidad". ¡Pura retórica! El estudio reciente de una autoridad como Millares Carlo es la más concluyente y definitiva refutación de tan dogmático aserto (1). Espíritu tan ecuánime como el de Andrés Bello ponía por aquellos mismos años la verdad en su lugar, y bien podían desmentir tan temerarios asertos del redactor del decreto que nos

1 "Bibliotecas y difusión del libro en Hispanoamérica colonial — Intento bibliográfico", en *Fundación John Boulton. Boletín Histórico* (Caracas, 1970), número 22, págs. 25-72.

ocupa —¿Monteagudo?— dos personajes conspicuos de la política de entonces: Sánchez Carrión (2) y Luna Pizarro (3).

Para nadie es hoy un secreto que desde los primeros tiempos de la época de la dominación española hubo libros en abundancia, aun en medio de los azarosos eventos de las guerras civiles. El 19 de Febrero de 1542 se remataban en la Plaza Mayor de Lima los libros que habían pertenecido al infortunado Obispo Valverde, víctima del canibalismo de los indios de la isla de La Puná. En esa oportunidad el futuro cronista Juan Diez de Betanzos se hizo con un ejemplar de las obras dramáticas de Terencio. Por aquel entonces, otro ilustre analista, el Contador Agustín de Zárate, ejercía, con lucrativos resultados, el primer negocio de librería que hubo en Lima, y el volumen de ventas y transacciones alcanzó tan lisonjeros niveles, que hacía posible la dedicación a las labores de encuadernación, en las que sobresalió el famoso Enrique Garcés, antes de granjear nombradía y fortuna con el descubrimiento del mercurio en Huancavelica. Con el correr de los años, las tiendas de libreros resultaron insuficientes, y por un contrato ajustado en Lima, el 11 de Marzo de 1609, Juan de la Puerta, “oficial de libros”, ofrece sus servicios al librero Juan de Sarria (último eslabón en el Perú de una cadena comercial que tenía su sede matriz en un importante núcleo tipográfico de la Península: Medina del Campo) para trabajar durante un año “en una mesa en la plaza” expendiendo impresos, por un estipendio de 180 pesos, más casa, comida y ropa limpia. Cómo andaban de boyantes los comerciantes del ramo en el Perú lo acredita el hecho de que uno de ellos, Tomás Gutiérrez, fuese el mecenas y favorecedor, desde estas remotas comarcas, del insigne escritor del Siglo de Oro, Juan Pérez de Montalbán.

El erudito norteamericano, Irving A. Leonard, verdadero adelantado en esta materia, en sucesivas monografías ha ido glosando un nutrido conjunto de inventarios comerciales y listas de libros en poder de particulares, reunidas aquellas en el volumen titulado *Los libros del conquistador* (México, Fondo de Cultura Económica, 1953). En años más recientes, el elenco de estudios acerca de este tópico ha ido incrementándose en forma abrumadora, y de ello da fe cumplida el repertorio de Millares Carlo, a que ya se ha hecho mención.

Por su parte, las bibliotecas monásticas iban a ser, con el correr de los tiempos, las principales fuentes nutricias de las colecciones sobre las cuales basaron su caudal original las bibliotecas públicas de todos los países americanos durante el siglo pasado (como en España, en 1836, de resultas de la desamortización). Esta transferencia de los fondos no sólo se realizó en la capital, sino en muchos otros puntos del país (4).

2 Porras Barrencechea, “La biblioteca de un revolucionario: Sánchez Carrión, prócer civil de la Independencia del Perú”, en *Mercurio Peruano* (Lima, 1943), XXV, número 193, págs. 119-130.

3 Schwab, “El inventario de la biblioteca de Francisco Javier de Luna Pizarro”, en *Fénix* (Lima, 1950), número 7, págs. 146-161.

4 V. el artículo de Schwab, sobre la biblioteca de la Universidad del Cuzco, en el *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos* (Lima, 1943), XIII, págs. 268-277.

Lo ingente de una tarea que requiere dosis inagotables de paciencia y de conocimientos en todos los ramos del saber, ha retraído a los investigadores de practicar una ponderación exacta del influjo de los libros y de su difusión. Por un lado, la transcripción de los inventarios y la identificación de autores y títulos, así como la operación de acuantiar el volumen aproximado de impresos que existían en las bibliotecas durante la época virreinal, representa un esfuerzo que sólo en equipo puede abordarse. Por otro lado, no menos árdua se ofrece la pesquisa de las influencias de autores, corrientes ideológicas y de avances científicos en la producción intelectual del período de la dominación española, evaluando aspectos tan alejados entre sí como el impacto de las doctrinas de Santo Tomás en el planeamiento urbano, de movimientos esotéricos en las desviaciones heterodoxas o el eco de las innovaciones de Newton o Leibniz en la cosmovisión.

Por lo general, y de resultas de una rutinaria creencia que se viene arrastrando desde el siglo pasado, ha prevalecido una opinión negativa sobre la magnitud de la circulación de obras literarias y científicas durante la dominación española. Todos traen a colación que estaba prohibida la exportación de novelas de caballerías al Nuevo Mundo (pero muy pocos conocen el verdadero motivo, a saber: que los indios no confundieran los desatinos de esas obras de ficción con las verdades de la Biblia); se esgrime la restricción impuesta a la lectura de los *Comentarios Reales* o del *Elogio* de Jáuregui pronunciado por Baquijano y Carrillo (en cuyos auténticos móviles jamás figuraron los que después han querido verse implícitos en esa pieza declamatoria), mas son contados los que sin ánimo desprevenido se percatan de la realidad abrumadora que significa un activísimo comercio, la riqueza de las bibliotecas de entonces cuyos inventarios se conservan, y la densidad de la cultura de los autores de aquellos siglos. ¡No todo fué vacua exhibición de indigestas lecturas ni barroco despliegue de citas!

Inclusive al temido Tribunal del Santo Oficio, sobre el que tanta tinta se ha derramado, se le burlaba: el Virrey Croix, en despacho de 28 de Febrero de 1787 (5), informa que como la Inquisición carecía de local competente para acoger las cuantiosas remesas de libros hasta el expurgo prevenido por la legislación, se permitía a los interesados retirar las expediciones a sus almacenes, donde los guardaban para la inspección. Denuncia el gobernante que en el ínterin los avisados comerciantes sustraían las obras prohibidas y colocaban en su lugar las que figuraban en las facturas, con títulos inocentes y sobre las cuales no pesaba veto alguno.

Lo real y verdadero es que de aquella legislación proscriptora se hizo tabla rasa al impulso de la avidez por la lectura de todo género de libros, incluidos precisamente aquellos sobre los cuales se extremaba el rigor censorio. Baste un botón de muestra: los nombres que se imponen a los neófitos en el acto del bateo, a estar a los libros de las viejas parroquias limeñas, revelan cuán profun-

5 Archivo General de Indias. Lima, 674.

damente habían calado las novelas caballerescas, pues no escasean los tomados de ellas.

Los libros, desde el siglo XV, estaban exentos de toda gabela. Cuando en 1548 las autoridades de Panamá exigieron de Cebrián de Caritate (el mismo que importó camellos como elementos de transporte a través de los arenales costeros) el abono del impuesto de la alcabala por unos libros que ferió en el istmo, la Corona desautorizó la arbitrariedad de tan ignaros funcionarios.

Comerciantes y particulares rivalizaban en su vehemencia por importar de la Península las últimas novedades. Entre las papeletas que tengo recogidas del Archivo Histórico de Protocolos de Sevilla conservo referencia a una escritura, fechada el 27 de Marzo de 1627, en la cual consta que el famoso artífice Francisco Pacheco (¡que se identifica como “pintor de mazonería”, equivalente hoy a pintor de brocha gorda!), suegro de Velázquez, confiere poder a Luis Ortiz de Vargas, “arquitecto” (gran escultor que dejó obras en nuestra ciudad), para que cobre de Cristóbal Pérez el importe de 50 ejemplares de las poesías de Herrera, *el Divino*, que le había remitido. Del Archivo Nacional del Perú conservo notas sobre contratos pactados para expender libros en los valles de Trujillo y Saña. De la magnitud del comercio de libros con el Cuzco, Potosí y Chile resulta superfluo tratar en estas páginas, pues el mencionado Leonard ha divulgado abundantes informaciones documentales.

Signo de escogida cultura, abundaban los particulares que disfrutaban de nutridas colecciones. Se conocen la que poseía el insigne don Pedro de Peralta Barnuevo (aunque se vislumbra fundadamente que el inventario póstumo no revela su exacta magnitud) ⁽⁶⁾; la que en el Cuzco pertenecía al Deán Esquivel y Navia ⁽⁷⁾ y en un artículo reciente Macera ha realizado inteligentes calas acerca de tan sugestivo punto ⁽⁸⁾, que es de suyo inagotable fuente de deducciones ⁽⁹⁾.

Al lado de las bibliotecas privadas, que formaban para su instrucción o deleite los magistrados, los catedráticos, los hombres de letras o gentes de profesiones de inferior relieve, las institucionales sobresalían, por el número de sus volúmenes, el rigor en la selección y el afán por mantenerlas al día, incorporando sin tardanza las últimas novedades que veían la luz en las prensas europeas. En estas presurosas apuntaciones, no puede omitirse por lo menos una referencia a las bibliotecas conventuales, cuyos fondos se enriquecían sin cesar, pues desde España se les enviaban los títulos no bien salían a la circulación.

6 *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos* (Lima, 1941), número 1-4, págs. 1-7.

7 *Revista del Archivo Histórico del Cuzco* (Cuzco, 1957), número 8, págs. 365-366.

8 “Bibliotecas peruanas del siglo XVIII”, en *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos* (Lima, 1962), XXXIII, número 3-4, págs. 124-137.

9 Puente Candamo. “La biblioteca del Arzobispo Las Heras”, en *Mercurio Peruano* (Lima, 1955), XXXVI, número 337, págs. 297-300.

Entre las librerías de mayor nombradía en este orden figuraban las de los jesuitas, y en particular la del Convento Máximo de San Pablo, en Lima (10). El P. Bernabé Cobo la pondera por hallarse instalada en un local "muy capaz", y añade que se hallaba provista de todo género de libros, "de manera que no es fácil que falten muchos, como no sean muy raros". Se franqueaba el acceso a ella a los laicos que manifestaran deseos de consultar sus colecciones. Cuando se produjo el extrañamiento de sus propietarios, contaba con más de 40.000 volúmenes, que por disposición del monarca Carlos III pasaron a enriquecer otra biblioteca institucional, la de la Universidad de San Marcos.

Para dar cabida a este magno caudal de impresos, fué necesario habilitar el General Mayor, con lo que se dió origen a una serie de incidentes, que sería largo de reseñar aquí (11). En la cadena de las vicisitudes que experimentó dicho establecimiento intervino el ilustre Fray Diego Cisneros (12). La verdad es que no era fácil consultar sus fondos, si hemos de atenernos a la denuncia de un frustrado lector: "He estado en la Universidad cincuenta veces en busca de un libro, y otras tantas me he vuelto a mi casa sin él, porque el Señor Bibliotecario tiene la librería cerrada a piedra y lodo, y pasa todo el día en la puerta de la calle observando los astros, a ver si le dicen algo sobre la venida del Anticristo. Los 300 pesos que se sopla cada año, ¿se los dan por astrólogo o por bibliotecario?" (13). El inculcado de conducta tan ajena a las virtudes que deben adornar al bibliotecario era nada menos que don José Gregorio Paredes, cosmógrafo y astrónomo.

El primer intento conocido de erigir una biblioteca pública en Lima fué promovido por el polígrafo José Eusebio de Llano Zapata, animado seguramente del deseo de hacer participar a su ciudad natal de las ventajas de un centro bibliográfico como el que disfrutaba Madrid, desde que en 1712 se abriera al público la Real Librería, el más antiguo de los establecimientos culturales creados por la Casa de Borbón en España, con el fin de favorecer y difundir la ilustración. En 1736 había cambiado su nombre por el actual de Biblioteca Nacional, simultáneamente su papel de repositorio de libros y de foco de investigación con el de gran centro editorial.

10 V. el capítulo "Jesuits and books" en la monografía del P. Martin, *The intellectual conquest of Peru* (New York, Fordham University Press, 1968), págs. 74-96.

Para la biblioteca de los jesuitas en el Cuzco, véase el artículo de Schwab, colacionado en la nota (4).

11 Cfr. Libro XIV de Claustros, publicado por C. D. Valcárcel, en *Revista del Archivo Central* (Lima, 1966), I, núm. 1-2, págs. 83-84 y 86-108, que utilizara Eguiguren, en *Diccionario Histórico-Cronológico de la Universidad de San Marcos* (Lima, 1951), III, págs. 644-648.

12 Romero, "La biblioteca de la Universidad de San Marcos y el bibliotecario Fray Diego Cisneros", en *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos* (Lima, 1927), III, número 2, págs. 31-44.

13 *El Investigador*. Tomo II. Lima. Viernes 22 de Octubre de 1813. Adición al número LII.

Llano Zapata concretó su iniciativa en sendas epístolas, cursadas desde su residencia en Cádiz al Arzobispo de los Charcas, don Cayetano Marcellano de Agramont, y al Deán de Lima, don Juan José Marín de Poveda, Vice-Rector de la Universidad de San Marcos. Ya en el *Preliminar* a sus *Memorias* el inquieto limeño había proclamado con ufania que las bibliotecas en su terruño poco tenían que envidiar a las de la Metrópoli, y enumera —con su pizca de vanidad patrioterá— los incunables y piezas raras que podían conseguirse en el mercado de libros peruano (14).

El diligente polígrafo se lamentaba de que no existiese ya una biblioteca pública en la Universidad de San Marcos, “que estuviese abierta a sus horas para el libre uso de los hombres de letras que la quisiesen consultar”. La formación de un establecimiento de esta índole se le antojaba tarea fácil, pues a su entender bastaba con que en los Estatutos del plantel viniera consignada la obligación de todos los que alcanzaran un grado académico por San Marcos de efectuar un donativo de libros con destino a la repetida biblioteca. De esta suerte, al cabo de pocos años se allegaría un nutrido conjunto de obras de consulta y de estudio, que se pondrían a la disposición de lectores ajenos a la Universidad. Por lo pronto, y a fin de estimular a los remisos, el propio Llano Zapata se apresuraba a ofrecer quinientos volúmenes “escogidos y curiosos”.

Acaso lo más valioso del escrito de Llano Zapata dirigido al Prelado de los Charcas, el 30 de Junio de 1758, es la enumeración de un grupo de catedráticos sanmarquinos, cuyas bibliotecas particulares eran afamadas, y que a juicio del entusiasta promotor, bien podrían ceder alguna parte de sus colecciones, en razón de ser “sus bibliotecas los mejores tesoros que guarda Lima”.

Estamos en condiciones de abonar hoy fehacientemente que los sujetos nombrados por Llano Zapata eran de hecho poseedores de copiosas bibliotecas, pues hemos exhumado los inventarios de las mismas, que obran en los protocolos de los viejos escribanos limeños. Enuncia el ilustre polígrafo a catedráticos, prebendados, magistrados, facultativos y científicos residentes en Lima, de los cuales conocemos con todo detalle los libros que se alineaban en los plúteos de los gabinetes de lectura del doctor Pedro José Bravo de Lagunas y Castilla (15), del Oidor Pérez de Urquizu e Ibáñez (16), del doctor Miguel de Valdivieso y Torrejón (17), del Canónigo don Francisco de Tagle y Bracho (18), del Protomédico doctor Hipólito Bueno de la Rosa (19) y del Cosmógrafo doctor Cosme Bueno (20).

14 *Preliminar y Cartas que preceden al Tomo I de las Memorias Histórico-Physicas* (Cádiz, 1759), págs. 234-236.

15 Archivo Nacional del Perú. Orencio de Azcarrunz, 1769-1771, fol. 181.

16 Archivo Nacional del Perú. Pedro Espino Alvarado, 1728, fol. 834.

17 Archivo Nacional del Perú. Gervasio de Figueroa, 1778, fol. 278.

18 Archivo Nacional del Perú. Mariano Antonio Calero, 1791-1794, fol. 793.

19 Archivo Nacional del Perú. Agustín Jerónimo de Portalanza, 1765-1767, fol. 614.

20 Archivo Nacional del Perú. Mariano Antonio Calero, 1795, fol. 384.

En su optimismo se felicitaba Llano Zapata: "Con que estos señores, que son los miembros principales de aquella sabia escuela, si no es ya cada uno todo el cuerpo que lo ilustra o la cabeza que lo anima, concurran al fomento de esta biblioteca, será su ejemplo un eficaz despertador que aliente la emulación de los demás". Hasta sitio para instalarla había previsto: el mismo en que años después, en época del Virrey Amat, sirviera de albergue a los libros incautados a los jesuitas, esto es, la sala que servía para los exámenes y juntas secretas.

Y como colofón de estos deshilvanados renglones, no omitiremos una referencia a la gomia que hoy como antaño, por falta de elementales virtudes cívicas, es uno de los flagelos que se abate sobre la Biblioteca Nacional: la depredación de sus fondos. Un "librero lastimado de estos hurtos" de entonces estampa la denuncia de que los cajoneros de ribera y pulperos destruían las mejores bibliotecas de la ciudad, envolviendo especerías en los libros excelentes que compraban a cualquiera que los robaba (21). *Nil novi sub sole...*

21 *El Investigador del Perú*. Lima, Jueves 4 de Agosto de 1814, número 35.